

**sumário**

*Acolher a Encíclica do Papa e contemplar os avanços e retrocessos feitos no caminho rumo à unidade da América Latina, é o objetivo do Autor, que analisa cada proposta da Encíclica e, finalmente, dá umas sugestões para a nossa peregrinação no cumprimento da Vontade do Senhor.*

# La encíclica Ut Unum Sint

**Reflexiones desde América  
Latina**

**Fray Jorge Alejandro Scampini, O.P.**

*Abogado, Universidad Católica Argentina. Bachiller en Filosofía, Universidad del Norte "Santo Tomás de Aquino", Licenciado en Teología, Universidad Santo Tomás de Aquino - Roma. Experto y Profesor de la Sección de Ecumenismo y Diálogo Interreligioso del CELAM. Dominicano argentino.*

**A**treinta años de la conclusión del Concilio Vaticano II, y en la dinámica de preparación del Gran Jubileo del año 2000, Juan Pablo II ha dirigido su carta encíclica *Ut Unum Sint*, sobre el empeño ecuménico, publicada el 25 de mayo de 1995. Esta carta debe ser leída, desde una perspectiva teológica, a la luz de los documentos conciliares; desde una perspectiva histórica, a la luz de la problemática ecuménica de nuestra década y del planteo de la exhortación *Tertio Millenio Adveniente*. Su estructura es simple, y su lenguaje directo. Tiene una finalidad, tal como lo expresa el mismo Papa, eminentemente pastoral. Intenta, desde una eclesiología católica y desde la misión de quien concibe su ministerio como un ministerio al servicio de la unidad, recoger y dar nueva expresión en la vida de la Iglesia Católica a la enseñanza conciliar sobre el ecumenismo. Al mismo tiempo que recoge los frutos del camino recorrido y señala, desde la visión católica, cuál es el camino por recorrer.

Como paso metodológico previo me parece importante recordar la estructura de la encíclica, señalando su dinámica interna, y una valoración general de la misma.

## **1. Consideraciones generales acerca de la encíclica**

### **1.1. La estructura de la encíclica y su dinamismo**

En la introducción misma de la carta, Juan Pablo II expresa la intención de la misma, su finalidad pastoral<sup>1</sup>. Al destacar el fin propio del movimiento ecuménico, la búsqueda de la unidad visible

---

<sup>1</sup> Cfr. *Ut Unum Sint*, 3.

de la Iglesia<sup>2</sup>, se subraya el “compromiso irreversible” de la Iglesia Católica en el mismo<sup>3</sup>. La carta es expresión de lo que se considera una dimensión esencial del ministerio petrino en la Iglesia: el servicio de la unidad<sup>4</sup>. Lo medular de la encíclica se encuentra desarrollado en tres capítulos que estructuran la encíclica y señalan su dinamismo propio.

1.1. El primero de carácter teológico, en el cual se rescata toda la teología conciliar sobre los principios católicos del Ecumenismo (cfr. *UR* cap. I), y los medios para una praxis ecuménica (cfr. *UR* cap. II), pero releídos desde el momento actual, y buscando llevar hasta las últimas consecuencias las implicancias teológicas, teologales, espirituales y prácticas allí contenidas. Podríamos decir que en este capítulo se encuentran los *objetivos* y el *programa ecuménico*.

1.2. En el segundo capítulo se señalan los *Frutos del Diálogo* que no es otra cosa que una “recepción” en sentido amplio del camino recorrido. Se reconocen el valor de los pasos dados en las tres dimensiones implicadas en el movimiento ecuménico: el acercamiento e intercambio existencial, el encuentro teológico a través del diálogo, y el testimonio y servicios comunes. En la misma línea que lo hacíamos para el capítulo anterior, podríamos decir que aquí se encuentra la *evaluación del camino recorrido*.

1.3. En el tercer capítulo se señala el camino por recorrer: *Quanta nobis via est?*. Allí surgen preguntas e indicaciones precisas desde una eclesiología católica. En primer lugar cómo recibir los resultados alcanzados. A continuación la necesidad de seguir acentuando las diversas dimensiones del ecumenismo. Cuál es el aporte y servicio de la Iglesia Católica y, en concreto, desde una meditación bíblico-teológica del ministerio del Obispo de Roma, la invitación a considerar de qué modo este ministerio podría ser ejercido para ser realmente un ministerio de unidad reconocido por todos. Y, por último, la relación siempre tensionante y apremiante entre plena unidad y evangelización. En este capítulo se encuentra la *reafirmación de los objetivos* la *agenda* por cumplir, y el *espíritu* que debe animar ese trabajo.

<sup>2</sup> Cfr. *UUS*, 1.

<sup>3</sup> Cfr. *UUS*, 3.

<sup>4</sup> Cfr. *UUS*, 4.

Finalmente, la exhortación conclusiva invita a acoger el don de la unidad en la perspectiva de la celebración del Tercer Milenio que se acerca. Desde que aquí podríamos releer la encíclica. No sería violentar la estructura del documento si recogiendo la ocasión celebrativa del jubileo dijéramos que, en cierto sentido, el primer capítulo contiene la *memoria*, es decir los elementos que surgen del misterio fundante; el segundo capítulo, al hacer el elenco de los frutos, la *actualización* del don acogido en el hoy de la Iglesia de Cristo; y, por último, el tercer capítulo, en el camino por recorrer, nos abre al horizonte amplio de la *escatología*.

## **1.2. El valor del documento y la importancia ecuménica de algunos de sus aspectos**

Hemos señalado al inicio que la carta es una carta pastoral. No es una reflexión teológica original que suponga una renovación profunda ni de la doctrina ni de la teología conciliar respecto al ecumenismo. Esto pudo haber decepcionado a quienes buscan pasos más audaces. Pero es necesario afirmar que expresa la continuidad en la teología y eclesiología desarrollada desde el Concilio, y que exige que esta continuidad se exprese en la transfiguración de cada fibra del ser de la Iglesia urgida por el empeño ecuménico. Y en este último sentido podemos encontrar reflexiones nuevas y sugerentes. Al mismo tiempo el tono de toda la encíclica es altamente positivo y con sencillez e información precisa se enumeran los pasos dados y los hitos importantes en el camino recorrido; por esto es una confirmación en el trabajo ecuménico. Todo esto sin negar, con mucha honestidad, lo que se considera la identidad propia de la Iglesia Católica, y desde dónde puede y debe salir al encuentro de los hermanos. Desde aquí me parece importante señalar cuatro facetas importantes que quedan manifestadas en la encíclica y que tienen importancia ecuménica:

2.1. En primer lugar, la reconfirmación que el ecumenismo es el camino de la Iglesia, y una dimensión esencial de la misma. Así se confirma el camino recorrido, al mismo tiempo que se hace presente, en este nuevo tiempo histórico, tiempo de "crisis" del movimiento ecuménico para algunos, y tiempo de indiferencia para otros, que no fue sólo el entusiasmo de una época "irénica" de la Iglesia, sino una dimensión esencial que debe fortalecerse con creatividad renovada. El empeño ecuménico abarca a toda la Iglesia y a la totalidad de la

Iglesia; nadie es dispensado de llevar sobre sus espaldas la carga del trabajo por la unidad.

2.2. En segundo lugar, el hecho que el Papa no avance más allá de la enseñanza conciliar en su exposición teológica, es un interesante planteo de la relación Magisterio conciliar-Magisterio petrino. En el modo de hacer presente la enseñanza del Concilio, el magisterio del Obispo de Roma está al servicio de ésta, la hace presente a la memoria de la Iglesia, la enseña, la interpreta en circunstancias nuevas. Es una veta importante que, como lo señala la misma encíclica, puede ayudar a la reflexión en un tema que deberá ser objeto del diálogo teológico a nivel ecuménico<sup>5</sup>.

2.3. En tercer lugar, por el momento, es el único caso, quizá por ello paradigmático, en que el Papa hace una lectura de la recepción y aplicación de las enseñanzas del Concilio referentes a una dimensión particular de la vida de la Iglesia, y las pone a la luz de la preparación del Gran Jubileo. ¿Vendrán otras lecturas similares sobre otras dimensiones?

2.4. En cuarto lugar, así como lo hiciera "proféticamente" el decreto *Unitatis Redintegratio*, en su mismo Proemio, intentando leer los signos de los tiempos, la lectura que hace Juan Pablo II del camino recorrido por el movimiento ecuménico no se agota en las intervenciones de la Iglesia Católica. Hay un reconocimiento explícito de la obra que realiza Dios en todas las comunidades cristianas.

### **1.3. Un documento universal que necesita ser acogido en cada realidad eclesial**

Es necesario recordar que se trata de una carta abierta en cuanto a los posibles destinatarios, y universal en cuanto a la valoración del cometido del empeño ecuménico. Esto nos plantea una pregunta que anima estas reflexiones, y para lo cual se me piden algunas reflexiones, ¿cómo acercar las inspiraciones de la encíclica a nuestra realidad latinoamericana, viendo lo original de la historia de nuestras Iglesias? Humildemente intentaré responder a esta pregunta, al menos parcialmente. Digo parcialmente por lo complejo de la realidad latinoamericana con diversidad de historias,

<sup>5</sup> Cfr. *UUIS*, 96.

culturas y experiencias. Mi propia experiencia esta marcada por la realidad del Cono Sur. Siguiendo el orden estructural del documento, leeré desde nuestra realidad algunos puntos que me parecen vitales para nuestro propio camino en el movimiento ecuménico.

## **2. Una mirada teológica y teologal como punto de partida**

Un alumno me decía en su examen final del curso de Introducción al Ecumensimo que la *Ut Unum Sint* era una hermosa meditación sobre la *Unitatis Redintegratio*. En cierto modo es verdad, pero esto no le resta nada a la encíclica, sino que le aporta la dimensión teologal de poner en una perspectiva eclesial y espiritual todo servicio prestado e intento para promover la unidad visible de la Iglesia. Es solamente esa perspectiva teologal que permite superar en la esperanza nuestras desilusiones y desalientos cuando experimentamos los momentos de crisis y necesitamos un nuevo impulso que nos lleve a una búsqueda creativa más allá de lo que podemos percibir y ofrecer desde nosotros mismos. En la introducción a la encíclica surgen al menos tres elementos que querría subrayar como portadores de esperanza en nuestro camino latinoamericano; los tres son la preparación del corazón para acoger el don de la unidad.

### **2.1. Derribar los muros de la división y la desconfianza<sup>6</sup>**

Es quizá el primer paso, aparentemente negativo, pero profundamente liberador. Cuando uno hace la experiencia desde Dios de desprenderse de todo lo que le impide reconocer al hermano, y sanar la memoria, es capaz de estar libre para avanzar. Juan Pablo II hace una sintética descripción de los muros que nos separan, y de los orígenes de nuestras recíprocas desconfianzas.

En primer lugar las *divergencias doctrinales*. A pesar del camino recorrido ellas permanecen como causa de división. Nuestro intento de ser fieles a nuestras propias tradiciones confesionales, portadoras para cada uno de nosotros de la verdad del Evangelio, nos impide superar nuestras ancestrales divisiones. Pero es necesario reconocer

<sup>6</sup>Cfr. *UUS*, 2.

que más allá de nuestras diferencias doctrinales, e impidiendo una mirada serena sobre las mismas para aprender a comprenderlas con una luz nueva, se encuentra en nuestra memoria el “peso de las *incomprensiones ancestrales*, heredadas del pasado, de los *malentendidos* y *prejuicios* de los unos contra los otros”. Los momentos de rupturas difícilmente son serenos. Aquí debemos descubrir cuál es nuestra propia realidad. Sólo así podremos sanar y reconciliar nuestras memorias. América Latina no ha sido el lugar geográfico y el espacio humano en el cual se produjeron las fracturas históricas de la Iglesia. No podemos identificar en nuestros antepasados y en lugares reconocibles de nuestro paisaje cotidiano a los protagonistas y los lugares de esos hechos que guardan como hitos, el inicio de caminos divergentes. Sin embargo, como un elemento más de nuestra historia hemos transplantado en nuestro horizonte la memoria de fractura ya producidos, en otros tiempos y en otros lugares. Sin haber compartido un pasado eclesial común en suelo americano, tampoco hemos tenido la posibilidad de un acercamiento que supere los estereotipos traídos de otra parte. No hemos sido libres para iniciar nuestra propia historia, para buscar caminos de conocimiento y acercamiento mutuo. Aunque es necesario reconocer nuestra propia historia de divisiones.

Sin reconocer las diferencias doctrinales por nosotros mismos, nuestra historia de desconfianza y prejuicios está marcada por la misma realidad histórica de nuestro continente, por su misma configuración político-cultural. Misteriosa conjunción histórica de identidad, cultura y hegemonía política. Los católicos debimos aprender dolorosamente en nuestra psicología (y tenemos que aprender aún), a reconocer el espacio de los *otros*, en una historia que es dinámica. Esto nos llevó a que en determinadas instancias de nuestra realidad no hayamos podido hablar los cristianos de *nosotros* en un sentido más amplio. La defensa de la verdad, de la identidad cultural, de un espacio con derechos objetivos y subjetivos de ser católico, nos hizo experimentar la exigencia de la tolerancia, impuesta por el poder civil, al mismo tiempo que la sufrimos la experiencia de sentirnos agredidos e invadidos. Nuestra historia está marcada cronológicamente en lo subjetivo por la aceptación de los otros como consecuencia de un derecho político de aceptar que unido a su identidad étnica va el derecho a otra religión. Así las primeras corrientes inmigratorias nos llevaron a aceptar que un alemán podía ser luterano, un inglés anglicano, un escocés presbiteriano, pero guardando la justa separación incluso después de la muerte reposando en el *cementerio de disidentes*.

Más traumático y difícil fue aceptar la llegada del protestantismo de misión, unido históricamente a las políticas liberales y laicistas y sus reformas consecuentes que atacaban instituciones fuertemente valoradas por la Iglesia Católica. La lectura dialéctica de la historia de ese momento nos ubicaba como signo de retroceso en un continente que quería incorporarse al progreso del hemisferio norte. Esto trajo aparejadas medidas drásticas como las nuevas legislaciones del matrimonio civil y la educación laica, y en casi todos los países la supresión de la vida religiosa y la expropiación de bienes de la Iglesia. La Conferencia Misionera de Edimburgo de 1910, una de las fechas simbólicas del nacimiento del movimiento ecuménico, fue también la fecha del surgimiento de dos modos de comprender la misión por parte del protestantismo: el europeo y el americano; para este último, los países católicos también eran tierra de misión y debían ser convertidos a la plenitud del Evangelio. Había que defenderse, y la mayoría de las veces no hubo mejor defensa que un ataque.

Por otra parte, nuestros hermanos han tenido la experiencia de discriminación por su *disidencia* religiosa: el no ser plenamente aceptados desde sus principios y su *forma mentis et cordis* de libertad interior, propio de la comprensión del Evangelio de la Reforma, en sociedades civiles autoritarias y unidas al peso hegemónico, a pesar de todo, de la Iglesia Católica. El paso de la historia dejó atrás la intolerancia y trajo quizá una pacífica indiferencia.

Pero en los tiempos nuevos del Concilio, tiempos de apertura y de diálogo, nuevas presencias han mutado el paisaje religioso de América Latina. Nuevos movimientos cristianos se han hecho presentes con metodologías agresivas, y ayudando a crear mayor confusión. En lo más generalizado de los católicos hay un desconocimiento total y mucha confusión; en otros un temor que no les permite discernir siempre con claridad.

Tal vez, para muchos cristianos no católicos, la experiencia más dolorosa que tengan en la relación con nosotros sea nuestra ignorancia respecto a quiénes son cada uno de ellos. Más terrible que la relación conflictiva es, muchas veces, la total ignorancia del otro. Esa ignorancia es expresada en estereotipos.

El tiempo ha pasado, todos somos hijos de esta tierra, cada uno con su historia y sus sufrimientos y entregas. Dios y la historia nos han enseñado. Tal vez hoy experimentemos nuevas fracturas,

a las que intentaré volver. Nuestra realidad ha cambiado. ¿Cómo pasar de la “inercia, la indiferencia y un insuficiente conocimiento recíproco” a reconocernos plenamente como hermanos? De allí la invitación a la conversión del corazón para lograr la *necesaria purificación de la memoria histórica*. Debemos *reconsiderar juntos nuestros pasados*. Debemos aprender a escribir juntos *nuestra historia*. Por eso estamos invitados “por la energía siempre nueva del Evangelio a reconocer juntos con sincera y total objetividad los errores cometidos y los factores contingentes que intervinieron en el origen de sus lamentables separaciones. Es necesaria una *sosegada y límpida mirada de verdad*, vivificada por la misericordia divina, capaz de liberar los espíritus y suscitar en cada uno una renovada disponibilidad, precisamente para anunciar el Evangelio a los hombres de todo pueblo y nación”<sup>7</sup>.

## 2.2. Conversión al Evangelio<sup>8</sup>

En una era que pregona el surgimiento de un mundo global, pero que al mismo tiempo es fatalista ante la fragmentación producida por el odio étnico y el egoísmo; en un tiempo en el cual la falta de solidaridad se presenta como motor de la historia y del éxito humano; y en el cual el bienestar material es la meta de un modelo de hombre cada vez más replegado sobre sí mismo, es necesario que los cristianos sepamos leer los “signos de los tiempos”. La vocación de la Iglesia es realizar la unidad de los hombres con Dios, y de los hombres entre sí, gracias a la potencia de vida nueva que surge de la Cruz reconciliadora de Cristo. La experiencia vivida por la Iglesia la iluminan más profundamente sobre su misión e identidad en la historia. Es necesario reconocer y confesar *las debilidades de sus hijos* conscientes de que sus pecados constituyen otras tantas traiciones y obstáculos a la realización del designio del Salvador.

En su camino de conversión la Iglesia está llamada a liberarse de *todo apoyo puramente humano* para vivir en profundidad la ley evangélica de las Bienaventuranzas. Esa libertad que da el intento de vivir profundamente el espíritu de las Bienaventuranzas es el que puede dar un rostro nuevo a la Iglesia, un rostro cada día más transparente y reconocible como el rostro de Jesús. Cada intento de ruptura de la unidad de la Iglesia estuvo caracterizado,

<sup>7</sup> UUS, 2.

<sup>8</sup> Cfr. UUS, 3.

en medio de los límites y de las contradicciones humanas, por la búsqueda de hacer a la Iglesia más evangélica. Sólo la conversión al Evangelio nos permitirá dar el paso previo e ineludible para enfrentar juntos aquellas realidades que aún nos separan.

Pero esa conversión al Evangelio supone un crecimiento en una pedagogía y en una praxis evangélica. La pedagogía y praxis de Jesús que persuade por la fuerza misma de su mensaje, liberado de todo poder humano. Esto lo ha aprendido, acaso lentamente, la Iglesia Católica, y lo ha afirmado en el Concilio Vaticano II; Juan Pablo II lo recoge especialmente en la encíclica: "Conscientes de que la "verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez, en las almas"<sup>9</sup>, nadie pide para sí sino la libertad de anunciar el Evangelio. En efecto, su autoridad se ejerce en el servicio de la verdad y de la caridad"<sup>10</sup>.

Juan Pablo II habla de la necesidad de conversión, del reconocimiento de debilidades, de crecimiento en el espíritu de las Bienaventuranzas, de liberación de todo apoyo humano. Es una invitación a la Iglesia Católica, ¿Cuál es el camino que debemos transitar en América Latina para acoger esta invitación y realizar la plenitud que promete? Quizá exige dismantelar falsas imágenes. Pero, al mismo tiempo, pensando que caminamos juntos hacia la unidad, dirigiéndonos a nuestros hermanos cristianos, ¿cómo pueden acoger ellos esta invitación pensando que recorreremos un mismo camino hacia la unidad y que hay diversos modos de apoyos humanos?

### **2.3. El testimonio de los mártires y la fuerza de la Cruz<sup>11</sup>**

En los últimos tiempos Juan Pablo II ha sido recurrente en su mención y valoración del testimonio de los mártires. Esta mención aparece en *Veritatis Splendor*<sup>12</sup>, en la *Tertio Millennio Adveniente*<sup>13</sup>, en *Vita Consecrata*<sup>14</sup>, y en al inicio y final de la *Ut Unum Sint*<sup>15</sup>.

414

<sup>9</sup> CONC. ECUM. VAT. II, Decl. *Dignitatis humanae*, sobre la libertad religiosa, 1.

<sup>10</sup> Cfr. *UUS*, 3.

<sup>11</sup> Cfr. *UUS*, 1.

<sup>12</sup> Cfr. *Veritatis Splendor*, 93.

<sup>13</sup> Cfr. *Tertio Millennio Adveniente*, 37.

<sup>14</sup> Cfr. *Vita Consecrata*, 86.

<sup>15</sup> Cfr. *UUS*, 1 y 84.

Poner a consideración y como modelo de la Iglesia el testimonio de los mártires, “tantos mártires de nuestro siglo”, implica tener una consideración radical de la Iglesia en cuanto misterio de comunión con Dios, en adhesión total con la ofrenda de la propia vida. Es una Iglesia que tiene en su vértice la santidad. Pero ese reconocimiento de los mártires trasciende los límites confesionales de la Iglesia Católica, son los mártires “pertenecientes también a otras Iglesias y Comunidades eclesiales no en plena comunión con la Iglesia Católica”. Tenemos un martirologio común. La comunión en la donación y entrega de los mártires supera las divisiones que aún nos separan y que quedan fundadas en las mediaciones que nos permiten llegar a la plenitud de comunión con Dios. Contemplar nuestra comunión desde el testimonio de los mártires nos da un espacio nuevo para considerar nuestra realidad de división. Ese testimonio de los mártires va íntimamente unido al valor de la Cruz, que nos permite profesar juntos la misma verdad sobre el misterio de la Redención.

¿Cómo contemplar en nuestra realidad latinoamericana este patrimonio común de los mártires? Quizá sea necesario transitar un camino que nos permita llegar a este conocimiento. ¿Quién es mártir?, ¿en qué circunstancias y contexto histórico? Se nos abre un panorama inmenso y apasionante. La valoración de la entrega de la propia vida lleva hoy a valorar no sólo el martirio a causa de la fe, sino también a causa de la caridad y, por qué no, de la esperanza. La entrega de la vida no se da en una realidad abstracta y aséptica, sino en el tejido más íntimo de la historia con sus vicisitudes, ambigüedades, y a veces contradicciones. Una historia en la cual no nos es posible ser los jueces que descubren con claridad los buenos y los malos, y los perfectos e imperfectos. Aprendiendo del pasado más lejano, vemos que el intento de fidelidad a Dios se da en lo más intrincado de nuestra historia. Por eso para poder avanzar en la valoración de nuestro martirologio común debemos superar las barreras de nuestro desconocimiento del otro, intentando descubrir el valor de la vida dada en fidelidad al Evangelio. Y para esto, muchas veces, será necesario, sobre todo en lo que respecta al pasado más reciente, sanar nuestras memorias, y avanzar más allá de nuestras interpretaciones de la historia y de los acontecimientos. Nuestra capacidad de negación del otro y de descalificación puede ser muy grande. No es lo que percibimos en la intuición de Juan Pablo II y en su deseo de elaborar el martirologio del siglo XX.

### 3. El compromiso ecuménico de la Iglesia Católica

Tratar de leer desde nuestro propio contexto el capítulo I de *Ut Unum Sint* es no solamente confrontarnos con los principios católicos del ecumenismo, tal como los expresara el Concilio, sino también la posibilidad de verificar hasta dónde la totalidad de la enseñanza conciliar ha estado presente, en los últimos treinta años en nuestra vida eclesial. Sin ser exhaustivos señalemos algunos de los puntos más salientes del *programa ecuménico*.

#### 3.1. El camino ecuménico: camino de la Iglesia

El prólogo mismo de *Unitatis Redintegratio* había reconocido como fruto del Espíritu el movimiento suscitado entre algunos cristianos para restaurar la unidad de los cristianos. Era una verdadera lectura de los signos de los tiempos. Descubrir la obra del Espíritu fuera de los límites visibles de la Iglesia Católica, tenía sus implicancias y su fundamento. Significaba reconocer que fuera de la Iglesia Católica no se encontraba el vacío eclesial, sino que las comunidades en las que los hermanos separados se encontraban congregados tenía un verdadero valor eclesial. Esto era posible porque se reconocía un fundamento teológico común, dado por la realidad de un único Bautismo. Esa comunión básica, fundada en el Bautismo, exigía de suyo ser llevada a plenitud en la visibilidad de la celebración de una única Eucaristía. No se trata de una actitud de buena voluntad por parte de la Iglesia Católica, una actitud de condescendencia hacia los otros, sino de "un imperativo de la conciencia cristiana iluminada por la fe y guiada por la caridad"<sup>16</sup>.

La Iglesia de Cristo no se consideraba ya simplemente identificada con la Iglesia Católica, aunque la Iglesia de Cristo se encontrara presente en ella. El Concilio lo expresará de un modo técnico, del cual es necesario considerar toda la riqueza de su significado: la Iglesia de Cristo *subsiste en* la Iglesia Católica<sup>17</sup>. Esto supone que en la Iglesia Católica se encuentra la plenitud de *medios* de salvación, pero que no se agotan en ella los medios de salvación. Decir que se encuentran los medios de salvación es

<sup>16</sup> *UUS*, 8.

<sup>17</sup> Cfr. *Lumen Gentium*, 8, y *UUS*, 10.

muy diferente a decir que ella es la salvación realizada. Sólo la plenitud visible hará resplandecer con mayor claridad su vocación de ser como un sacramento de la unidad de los hombres con Dios, y de los hombres entre sí. Esta afirmación tiene consecuencias en el modo de valorar el camino a seguir hacia la unidad plena, y en el espíritu que debe animar ese camino.

Al mismo tiempo, esto implica que si la Iglesia Católica tiene la plenitud de medios de salvación, tiene también entre ellos la gracia de *la mano derecha tendida en comunión* (cfr. Gal. 2,9) para salir al encuentro de los hermanos en búsqueda de la unidad visible<sup>18</sup>. Afirmar esto es muy diverso de continuar acantonados en una interpretación de la reconstitución de la unidad a modo de retorno al único redil. Nos pone a todos en camino.

Tan cierto como lo anterior es afirmar que si la gracia de Dios actúa en las Iglesias y comunidades eclesiales que aún no se encuentran en plena comunión visible, el Espíritu de Dios actuante en ellas tiene algo que decirnos en este camino de búsqueda de la unidad<sup>19</sup>. Sus iniciativas y percepciones deben cuestionarnos en nuestra búsqueda de fidelidad a la voluntad de Dios.

Teniendo en cuenta las dimensiones señaladas, ¿cómo ha estado presente en nuestro camino eclesial latinoamericano la preocupación de reconstituir la unidad visible?, ¿hemos sentido verdaderamente la urgencia que brota de la comunión en un único Bautismo y que nos exige llevar a plenitud esa comunión?, ¿somos plenamente dóciles a la gracia de Dios que actúa en nuestras comunidades y que nos pide que mutuamente nos ayudemos a crecer en fidelidad? ¿No habremos quedado demasiado instalados en nuestros propios lugares adquiridos, pensando que el ecumenismo es una realidad de otros contextos, sin dejarnos movilizar e intentando descubrir cuál es nuestro propio camino?

Para ayudar este mutuo estar dispuestos a ir al encuentro de, y ser conscientes de que los otros tienen algo de Dios que decirnos, quisiera recoger textualmente dos reflexiones de Juan Pablo II. La primera: "En el magisterio del Concilio hay un nexo claro entre

---

<sup>18</sup> Cfr. J.M.R. TILLARD, "Préparer l'unité. Pour une pastorale oecuménique", en NRT 102, 1980, pág. 165.

<sup>19</sup> Cfr. J. CARD. WILLEBRANDS, "La signification de 'subsistit in' dans l'ecclesiologie de communion", en DC 85, 1988, 1953, pág. 40.

renovación, conversión y reforma<sup>20</sup>. ¿Cómo hacer palpable la íntima conexión de estas tres dimensiones en nuestro camino como Iglesias cristianas que quieren ser más plenamente la única Iglesia de Cristo?

La segunda afirmación puede ser la síntesis de este punto: "Dialogando con franqueza, las Comunidades se ayudan mutuamente unas a otras a la luz de la Tradición apostólica. Esto las lleva a preguntarse si verdaderamente expresan de manera adecuada todo lo que el Espíritu ha transmitido por medio de los Apóstoles<sup>21</sup>".

### **3.2. Importancia fundamental de la doctrina<sup>22</sup>**

Desde una perspectiva católica la doctrina tiene una importancia fundamental. Más allá de nuestras historias confesionales y eclesiales; por más urgidos que estemos por los problemas y cuestionamientos que nos presenta nuestra realidad; aunque intentemos relativizar nuestras diferencias doctrinales porque otros parecen ser nuestros problemas, ellas se encuentran a la base de la mayoría de nuestras divisiones. No podemos evitar enfrentarnos con ellas. Ese acercamiento nos lleva a la exigencia, no de renunciar al depósito de la fe, sino a que el modo de exponer la doctrina se encuentre entre los elementos de la continua reforma. "La doctrina debe ser presentada de un modo que sea comprensible para aquellos a quienes Dios la destina<sup>23</sup>". Esto supone el doble esfuerzo de expresar nuestra doctrina comprensible a los hermanos separados, y el esfuerzo de expresarla de modo nuevo en contextos culturales nuevos. El modelo presentado por Juan Pablo II, de Cirilo y Metodio, es iluminador al respecto. La renovación de la expresión de fe supone e implica la renovación de la misma vida de fe de una comunidad eclesial.

Cuando esa renovación de la expresión de fe se realiza teniendo en cuenta el imperativo ecuménico, se descubrió que el ecumenismo *no es un mero "apéndice"* que se añade a la actividad tradicional de la Iglesia.

<sup>20</sup> Cfr. UR, 6; UUS, 16.

<sup>21</sup> Cfr. CONC. ECUM. VAT. II, Const. Dogmática *Dei Verbum*, sobre la revelación, 7; UUS, 16.

<sup>22</sup> Cfr. UUS, 18.

<sup>23</sup> UUS, 18.

La tentación es pensar que la renovación de la expresión de la fe es una misión exclusiva, y excluyente, de los teólogos. Sin embargo, de acuerdo a lo expresado por *Unitatis Redintegratio*, y recogido por la *Ut Unum Sint*, esto es tarea de toda la Iglesia. ¿Cómo se expresa esa renovación en la expresión de la fe en la catequesis, la predicación, la liturgia, la espiritualidad?. Y, simultáneamente, ¿qué podemos ofrecer, desde nuestra experiencia eclesial latinoamericana, que sean aportes para una nueva expresión de la fe?

### 3.3. Primacía de la oración<sup>24</sup>

El ecumenismo es una realidad integral que comprende tres dimensiones abarcadoras: el encuentro existencial, incluyendo éste el compartir la vida de fe y la oración; el diálogo teológico para superar las divergencias doctrinales; y el testimonio y servicio común. Las tres dimensiones se interrelacionan. No todos los cristianos tenemos la posibilidad de participar del movimiento ecuménico del mismo modo y con la misma intensidad.

Sin embargo, el ecumenismo espiritual es una realidad que puede y debe ser vivida por todos. Seguramente el peso determinante y la posibilidad de diálogo teológico no se da en un modo importante en nuestro contexto latinoamericano. Probablemente no todos tengamos la oportunidad de vernos confrontados con un servicio y testimonio común. Sin embargo, la unidad de la Iglesia nos compromete a todos y es una parte esencial de nuestra vida cristiana. Juan Pablo II pone ese fundamento en el amor a Dios: "Del amor nace el deseo de la unidad, también en aquéllos que siempre han ignorado esta exigencia. El amor es artífice de comunión entre las personas y entre las Comunidades. (...) El amor es la corriente profundísima que da vida e infunde vigor al proceso hacia la unidad<sup>25</sup>".

La oración por la unidad, al mismo tiempo que nos exige la conversión y la búsqueda de la unidad en nuestra propia realidad, nos abre también en una mirada y un amor más universal por la Iglesia. Podemos recurrir a las diferentes posibilidades de la oración. En primer lugar, la *oración personal* por la unidad, siendo paradigmático para los católicos que la patrona del ecumenismo es una

<sup>24</sup> Cfr. *UUS*, 21-27.

<sup>25</sup> *UUS*, 21.

monja de clausura que ofreció su vida por la unidad, en un tiempo en el que la Iglesia católica estaba cerrada oficialmente a toda participación en el movimiento ecuménico, y en un país mayoritariamente católico. En este sentido debemos preguntarnos cuán presente está en nuestra vida, en la catequesis y en nuestra formación espiritual la exigencia de la oración por la unidad. Parafraseando las palabras del Papa, esa presencia es proporcionada a las dimensiones de nuestra caridad.

Pero la *expresión más plena* es la oración común. Oración que no se agota en el rezar juntos por la unidad, sino "incluso cuando no se reza en sentido formal por la unidad de los cristianos, sino por otros motivos, como, por ejemplo, la paz, la oración se convierte por sí misma en expresión y confirmación de la unidad"<sup>26</sup>. ¿Cuán presente está en nuestra realidad esa oración en común? ¿Cómo es preparada la Semana de Oración por la Unidad? En algunos lugares uno tiene la impresión que nos hemos quedado en mera formalidad. Y sin embargo, Juan Pablo II afirma que "*la oración ecuménica está al servicio de la misión cristiana y de su credibilidad*"<sup>27</sup>.

### 3.4. Diálogo ecuménico

El diálogo es la metodología misma del movimiento ecuménico; aquello por lo cual se distingue de todo intento anterior de búsqueda de la unidad. Luego del Concilio, a nivel de la Iglesia Católica, se ha dado un desarrollo considerable, y no pensado, de los diálogos teológicos bilaterales y multilaterales. Pero ellos no agotan la realidad del diálogo ecuménico; éste es una realidad más integral que abarca diversas dimensiones. El diálogo entre comunidades es el medio para superar antagonismos<sup>28</sup>, exige unas determinadas estructuras a su servicio<sup>29</sup>, posibilita el examen de conciencia<sup>30</sup> y, finalmente, ayuda a resolver las divergencias<sup>31</sup>.

Me parece importante citar textualmente algunos elementos señalados por Juan Pablo II que hacen al diálogo en sí mismo, y que suponen toda una pedagogía:

420

<sup>26</sup> *UUS*, 21.

<sup>27</sup> *UUS*, 23.

<sup>28</sup> Cfr. *UUS*, 29.

<sup>29</sup> Cfr. *UUS*, 31.

<sup>30</sup> Cfr. *UUS*, 33-35.

<sup>31</sup> Cfr. *UUS*, 39.

“Si la oración es el “alma” de la renovación ecuménica y de la aspiración a la unidad; sobre ella se fundamenta y en ella encuentra su fuerza *todo lo que el Concilio definió como “diálogo”*. Esta definición no está ciertamente lejos del *pensamiento personalista* actual. La actitud de “diálogo” se sitúa en el nivel de la naturaleza de la persona y de su dignidad. Desde el punto de vista filosófico, esta posición se relaciona con la verdad cristiana sobre el hombre expresada por el Concilio. En efecto, el hombre “es la única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma”; por tanto “no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo”. El diálogo es paso obligado del camino a recorrer *hacia la autorrealización del hombre*, tanto del *individuo* como también de *cada comunidad humana*. Si bien del concepto de “diálogo” parece emerger en primer plano el momento cognoscitivo (*dia-logos*), cada diálogo encierra una dimensión global, existencial. Abarca al sujeto humano totalmente; el diálogo entre las comunidades compromete de modo particular la subjetividad de cada una de ellas”<sup>32</sup>.

Hay muchos elementos que surgen de este texto. Yo quisiera señalar sólo dos elementos que iluminan todo contexto ecuménico. En primer lugar, el paso obligado del diálogo. No hay otro modo humano de relacionarnos, individual y comunitariamente, que no sea a través del diálogo. Nuestra tentación será siempre, ante la dificultad y la divergencia, cortar el diálogo, “elevar los puentes”, aislarnos. Creo que tenemos muchas experiencias de este tipo en América Latina, especialmente en las relaciones ecuménicas. Creer sólo en la posibilidad de la imposición es la resignación o la falta de confianza en la capacidad de diálogo de todo hombre.

Pero hay una segunda consideración: cuando hablamos de diálogo ecuménico, no nos limitamos solamente a la comparación de dos cuerpos de doctrina. Es eso y mucho más. Es el encuentro de experiencias integrales de expresión de fe y de vida de fe. Es el encuentro de realidades humanas con su historia y su psicología. Por eso, es tan importante comprender lo que significa ese “compromete de modo particular la subjetividad de cada una de ellas”. La exigencia de ser capaces de reconocer nuestras subjetividades en diálogo nos compromete a todos. En el fondo es

<sup>32</sup> *UUIS*, 28.

importante considerar no sólo lo que afirma un católico, un ortodoxo, un anglicano, un luterano, un reformado, un pentecostal, sino también desde dónde habla, y por qué habla desde allí. Cómo la historia eclesial ha marcado profundamente su subjetividad, y como esa historia eclesial se ha visto alterada por la historia del propio contexto. Ese respeto mutuo y esa sensibilidad hacia el otro serán los únicos que permitirán que nuestro diálogo sea fructuoso. La tentación será siempre reducir al otro a nuestras propias categorías, estar dispuestos a dialogar si se dan determinadas condiciones, y eso en el fondo no es diálogo sino proyección de nuestros criterios y esquemas en el otro, porque no hay respeto por su realidad más íntima.

4.1. *Estructuras locales*: Como cuerpo universal, los católicos descansaremos en que el diálogo tiene un interlocutor comprometido y seguro a través de la Santa Sede. Sin embargo, la Iglesia universal, de acuerdo al Concilio, se realiza *en y desde las iglesias locales*<sup>33</sup>. Por eso mismo el diálogo atañe a las Iglesias locales y particulares. ¿Cuál es esa realidad hoy en América Latina? ¿Qué estructuras hay a nivel de conferencias episcopales y de diócesis? Y si las estructuras existen, ¿qué vida tienen y qué compromiso con las mismas tienen quienes las han instituido?

4.2. *Examen de conciencia*: Juan Pablo II nos recuerda que el diálogo ecuménico tiene el carácter de una búsqueda común de la verdad, particularmente sobre la Iglesia, ya que la verdad forma las conciencias y orienta su actuación en favor de la unidad. Al mismo tiempo hay una estrecha relación entre oración y diálogo. Esa íntima relación es la que nos permite concebir, desde nuestra realidad de pecadores, el diálogo como un examen de conciencia. Ese examen de conciencia debe llevarnos a perdonar y a superar no sólo los pecados personales que han atentado contra la unidad y favorecido las divisiones, sino también los sociales, las "estructuras" mismas del pecado que han contribuido y pueden contribuir a la división y a su consolidación<sup>34</sup>.

422

Para que esto sea posible, para que el diálogo lleve a la conversión, es necesario que se den simultáneamente la dimensión

<sup>33</sup> Cfr. LG, 23.

<sup>34</sup> Cfr. UUS, 34.

horizontal del encuentro y la dimensión vertical que nos orienta hacia Dios. Esa apertura a Dios nos ayuda a reconocernos pecadores. ¿Cómo el diálogo, asumido como examen de conciencia puede ayudarnos mutuamente a reconocer nuestras debilidades que han fragmentado la unidad de la Iglesia? Y teniendo en cuenta lo anterior, ¿cómo esas debilidades nos han impedido, reconociendo la vocación propia de la Iglesia, ser más eficaces sanando las heridas de nuestra realidad latinoamericana?

4.3. *Resolver divergencias* La última dimensión del diálogo ecuménico es reconocerlo como “un instrumento natural para confrontar diversos puntos de vista y sobre todo examinar las divergencias que obstaculizan la plena comunión de los cristianos entre sí”<sup>35</sup>. Casi pasivamente hemos asumido que el diálogo teológico es algo para Europa, que nuestro camino ecuménico no pasa por allí; no tenemos teólogos profesionales a tiempo pleno. Sin embargo, a pesar de los límites que podamos experimentar, es un camino que debemos recorrer y que enriquecerá toda la vida de la Iglesia. El encuentro con el otro, a este nivel, no sólo nos permitirá conocer al otro, sino que los mismos principios que aplique en el diálogo tendrán sus consecuencias en el modo de hacer teología en nuestra propia Iglesia, en la predicación, en la catequesis. Juan Pablo II señala los siguientes aspectos a ser tenidos en cuentas:

- El amor a la verdad, dimensión interior y personal, inseparablemente unida al espíritu de caridad y humildad;
- Presentar toda la doctrina con claridad, pero con la exigencia que el modo y el método de enunciar la fe católica no sea un obstáculo para el diálogo. Es posible presentar la propia fe de un modo correcto, leal y comprensible, teniendo presentes, al mismo tiempo, tanto las categorías mentales como la experiencia histórica concreta del otro;
- tener en cuenta la “jerarquía de las verdades” de la doctrina católica, de acuerdo a la diversa conexión con el fundamento de la fe cristiana;
- ante las formulaciones doctrinales diferentes, aclarar ante todo si las palabras no sobreentienden un contenido idéntico.

<sup>35</sup> *UUS*, 36.

Esto nos debe permitir encontrar la fórmula que, expresando la realidad en su integridad, permita superar lecturas parciales y eliminar falsas interpretaciones;

- afrontar las divergencias con espíritu sincero de caridad fraterna, de respeto de las exigencias de la propia conciencia y la del prójimo, con profunda humildad y amor a la verdad. Para los católicos esta confrontación tiene dos puntos de referencia esenciales: la Sagrada Escritura y la gran Tradición de la Iglesia.

### **3.5. Colaboración práctica**

La encíclica recogiendo las mismas expresiones de *Unitatis Redintegratio* señala la importancia de la colaboración en diversos ámbitos: pastoral, cultural, social, e incluso en el testimonio del mensaje del Evangelio<sup>36</sup>. En palabras de Juan Pablo II, la cooperación ecuménica es una verdadera escuela de ecumenismo, es un camino dinámico hacia la unidad, es un común testimonio y llega a ser instrumento de evangelización.

¿Cuáles son esos ámbitos en los cuales, a pesar de nuestro estado de separación, pero en nuestra común búsqueda de la unidad, podemos colaborar unos con otros? ¿Cómo preparar esa agenda, realista y sin reticencias?

### **4. Frutos del diálogo**

La encíclica es la ocasión para que Juan Pablo II haga un balance del camino recorrido desde el Concilio. En ese camino se perciben los primeros frutos del diálogo. Considerar los frutos, supone valorar los esfuerzos realizados y los intentos de adelantar en nuestra historia la unidad visible de los cristianos. ¿Cómo hacer una lectura desde América Latina? No parece fácil, sobre todo cuando vemos que el centro de gravedad del movimiento ecuménico no ha pasado por aquí. Tampoco es fácil cuando aún debemos considerar cómo debe ser el perfil propio del ecumenismo en América Latina, con sus originalidades y sus límites. Si el ecumenismo también debe ser una realidad viva en nuestro continente, porque es una dimensión de la Iglesia universal, debe surgir desde su

<sup>36</sup> Cfr. *UUS*, 40.

misma vida. Desde la Iglesia Católica intentaremos hacer, seguramente, una lectura diacrónica: cómo el empeño ecuménico ha estado presente en los grandes acontecimientos eclesiales de nuestra Iglesia. La primera mirada será sobre los documentos, e indudablemente, sobre los Documentos finales de Medellín, Puebla, y Santo Domingo. En todos ellos aparece la preocupación ecuménica, pero debemos considerar, más allá de los textos, cuál ha sido la vida, cuál ha sido la recepción de estos documentos, y cómo esa recepción ha sido expresada en la vida cotidiana y más concreta de nuestras iglesias. Es un trabajo por hacer y con dimensiones continentales. Las proximidades del Sínodo correspondiente a la Iglesia de nuestro continente, en noviembre de este año, puede ser la ocasión

Sin embargo, reconociendo que ese trabajo está pendiente y que excede las posibilidades de estas reflexiones, creo que podemos utilizar como dos parámetros para evaluar nuestro camino recorrido. En primer lugar, ¿cuál era la realidad de nuestras relaciones en el momento de la celebración del concilio y cuál es nuestra realidad actual? Posiblemente no nos encontremos frente a un panorama homogéneo. Tampoco hallaremos un camino progresivo; encontraremos marchas y contramarchas, entusiasmos y desalientos. En segundo lugar, pensando en la lectura que hace Juan Pablo II, considerar la situación del movimiento ecuménico en nuestra realidad Latinoamérica en comparación con su desarrollo a nivel mundial. Aquí surgirán preguntas, ¿Cuál es nuestra originalidad, con sus fortalezas y debilidades? ¿Cuáles son nuestros logros? ¿Hemos hecho realmente todo lo que hemos podido en respuesta a la llamada de Dios?

#### **4.1. La fraternidad reencontrada**

Reconociendo la extensión y desarrollo del movimiento, Juan Pablo II ve como el primero de los frutos que "los cristianos pertenecientes a una confesión ya no consideran a los demás cristianos como enemigos o extranjeros, sino que ven en ellos a hermanos y hermanas<sup>37</sup>". El Papa ve como un signo positivo el que se intente erradicar incluso la misma expresión de *hermanos separados*, buscando expresiones que manifiesten con mayor claridad la comunión ya existente. ¿Se ha dado ese cambio entre nosotros o es aún una realidad percibida por algunos pocos? ¿Cómo

<sup>37</sup> UUS, 42.

hemos intentado animar, quienes tenemos un ministerio especial en nuestras comunidades, ese cambio de mentalidad y de corazón?

Juan Pablo II recoge ejemplos muy concretos que expresan la fraternidad recuperada. Los cristianos se ayudan mutuamente; a veces se prestan edificios de culto, se ofrecen becas de estudio para la formación de los ministros de las comunidades carentes de medios, se interviene ante las autoridades civiles para defender a otros cristianos injustamente acusados, se demuestra la falta de fundamento de las calumnias que padecen ciertos grupos<sup>38</sup>. Todo ese progreso tiene su fundamento en el reconocimiento de un único Bautismo.

Como parte de ese camino, y tal como lo alienta el *Directorio para la aplicación de los principios y de las normas acerca del ecumenismo*, en su núm. 70, es recomendable un reconocimiento recíproco y oficial de los Bautismos. Ese reconocimiento mutuo da un base eclesiológica de una gran importancia. Los diálogos teológicos lo han puesto de relieve.

## **4.2. La solidaridad al servicio de la humanidad**

Al referirse a los frutos de esta dimensión, Juan Pablo II es muy positivo: "Sucede cada vez más que los responsables de las Comunidades cristianas adoptan conjuntamente posiciones, en nombre de Cristo, sobre problemas importantes que afectan a la vocación humana, la libertad, la justicia, la paz y el futuro del mundo. Obrando así "comulgan" con uno de los elementos constitutivos de la misión cristiana: recordar a la sociedad, de un modo realista, la voluntad de Dios, haciendo ver a las autoridades y a los ciudadanos el peligro de seguir caminos que llevarían a la violación de los derechos humanos. Es claro, y la experiencia lo demuestra, que en algunas circunstancias la voz común de los cristianos tiene más impacto que una voz aislada<sup>39</sup>".

En Juan Pablo II no se trata sólo de una mera expresión de deseos, sino de una constatación: "Hoy constato con satisfacción que la ya vasta red de colaboración ecuménica se extiende cada

<sup>38</sup> Cfr. *UUS*, 42.

<sup>39</sup> *UUS*, 43.



vez más. También se realiza una gran tarea en este campo gracias al Consejo Mundial de las Iglesias<sup>40</sup>.

En nuestro continente hemos tenido muchas experiencias de colaboración de los cristianos de distintas Iglesias y comunidades eclesiales. Para ellos fueron importantes experiencias de crecimiento en la comunión. Pero también, en lo difícil del momento histórico, pudieron ser momentos de otras tensiones a nivel de cada una de las Iglesias y comunidades. La colaboración en la base y en las autoridades no han tenido el mismo ritmo, ni la misma clave de interpretación. Para muchos esas experiencias, no siempre positivamente procesadas, pudieron ser la ocasión de cerrar el corazón a todo intento de reconocer la posibilidad de un nuevo trabajo conjunto. Quizá aquí se encuentren heridas más recientes que deban ser sanadas. A causa de ellas, tal vez, nuevos muros fueron erigidos. Las realidades angustiantes de nuestro continente permanecen, no podemos eludir la urgencia de prestar nuestro servicio y testimonio comunes. ¿Cómo hacerlo de un modo superador de nuestras tensiones y conflictos?

### **4.3. Convergencias en la Palabra de Dios y en el culto divino**

En lo que se refiere a la Palabra de Dios, señalaré aquí dos aspectos. En primer lugar, la creciente valoración de la Palabra de Dios por parte de nuestro pueblo, en un camino que está todavía en su inicio. A través de la lectura de la Escritura se anima de un modo nuevo la vida de la comunidad y la oración. Algunas veces esos grupos de lectura de la Palabra de Dios trascienden los límites de las comunidades confesionales. Las dificultades reales, que puede darse por un posible indiferentismo que no da cuenta de la realidad de comunión aún no plena, no puede llevarnos a desconocer las facetas positivas de estas experiencias.

Así mismo, Juan Pablo II señala el valor de las traducciones ecuménicas de la Biblia en diversos grupos lingüísticos. Es una realidad que aún no se ha dado entre nosotros, pero si debemos recordar el trabajo hecho por las Sociedades Bíblicas y su traducción de la Biblia con el aval del CELAM. Esto posibilitó una edición económicamente accesible para nuestro pueblo.

427

---

<sup>40</sup> *LUIS*, 43.



Referido al culto, recordaré algo simplemente anecdótico. Hace siete años la Iglesia Católica en todos los países de habla hispánica comenzó a utilizar una versión unificada del ordinario de la Misa. Junto con ello una traducción idéntica del Padre Nuestro. Esa traducción la hizo aisladamente la Iglesia Católica. Hermanos no católicos me lo han hecho notar. Cada año en la preparación de las celebraciones de la Semana de Oración por la Unidad surge una pregunta, ¿cómo rezamos el Padre Nuestro?. Es un pequeño detalle, pero en los pequeños detalles manifestamos, muchas veces, si los otros cuentan o no en nuestra vida.

#### **4.4. Crecimiento de la comunión<sup>41</sup>**

El crecimiento de la comunión es, en palabras de Juan Pablo II, un fruto precioso de las relaciones entre los cristianos y del diálogo teológico que mantienen. Esto ha posibilitado que seamos más conscientes de los bienes de gracia que poseemos. Esos bienes no son elementos estáticos, presentes pasivamente en las Iglesias y Comunidades eclesiales; ellos tienden hacia el restablecimiento de la unidad. De allí que la unidad de los cristianos sea una exigencia que nace de la misma naturaleza de la comunidad cristiana.

Los diálogos teológicos han contribuido a un mayor conocimiento del otro, ese conocimiento ha permitido reconocer el grado de comunión existente. ¿Cómo hemos seguido desde nuestra realidad los resultados de los diálogos? ¿Cómo han estado ellos presentes en nuestra teología, en nuestra predicación, en nuestra formación?

#### **4.5. El diálogo con las Iglesias de Oriente<sup>42</sup>**

En la *Ut Unum Sint* se expresa lo peculiar de la relación con las Iglesias de Oriente. Ese mismo trato es el referido en los documentos conciliares. En algunos países de América Latina, debido a la inmigración, convivimos católicos y ortodoxos. En nuestras Iglesias el centro de gravedad de nuestras relaciones y del diálogo teológico se encuentra en otro lugar. Sin embargo, ¿cómo nos enriquecemos mutuamente de los frutos del camino recorrido? ¿Cómo intercambiamos los dones que nos ayudan a percibir dos

<sup>41</sup> Cfr. *UUS*, 49.

<sup>42</sup> Cfr. *UUS*, 50-63.

modos de celebrar y vivir el misterio cristiano? ¿Cómo nos asistimos mutuamente en un cuidado pastoral respetuoso del otro?

#### **4.6. Diálogo con las Iglesias y Comunidades eclesiales en Occidente**

Es una relación inevitable para América Latina, sobre todo si somos capaces de sacar todas las consecuencias del imperativo ecuménico. Debemos asumir con honestidad y valentía todo lo que implica una relación seria y realista. Quizá pase por aquí parte de nuestro camino ecuménico, y ese camino deberá reconocer las estructuras que estas Iglesias, reunidas en Consejos, ya poseen al servicio de la comunión.

Al mismo tiempo, y como un servicio fraterno, es la relación con las Iglesias surgidas de la Reforma la que nos podrá dar una mayor capacidad para afrontar el gran desafío que supone la relación con los evangelicales y pentecostales. Si el fundamento de nuestro empeño por la unidad se basa en la realidad de un único Bautismo, el ecumenismo deberá extenderse a todos los bautizados, incluso hacia aquellos con los cuales hoy no percibimos el modo de entablar el diálogo. En América Latina la realidad del pentecostalismo, y por lo tanto de búsqueda de diálogo, no puede ser ignorada.

### **5. El camino por recorrer**

Hemos considerado el *programa* del ecumenismo, y la *evaluación* del camino recorrido. Nos toca afrontar ahora la *agenda* ecuménica y *el espíritu* con el que debemos asumirla. Indudablemente, nuestra agenda estará condicionada por la evaluación que hayamos hecho de nuestra realidad.

#### **5.1. Continuar intensificando el diálogo<sup>43</sup>**

No es casual que la primera tarea del camino por recorrer sea reafirmar que el restablecimiento de la plena unidad visible de todos los bautizados sea el fin último del movimiento ecuménico. Es una reafirmación de la convicción profunda de la Iglesia Católica, pero es, al mismo tiempo, una toma de posición ante la resignación

<sup>43</sup> Cfr. *UUIS*, 77-79.

de reemplazar esa finalidad, ese paradigma por otros. Por eso se menciona también con quién compartimos esa visión del movimiento ecuménico. No es un tiempo de polarizar, sino de integrar. El servicio que los cristianos podemos y debemos prestar juntos al servicio de la humanidad no es alternativo de la búsqueda de la unidad visible. Ambos son dos dimensiones de un único movimiento. Por eso debemos asumir el desafío de integrarlas en la reflexión y en la vida.

El diálogo a nivel teológico tiene temas muy precisos que deben ser ubicados en su agenda. Juan Pablo II recuerda el elenco: la Tradición de la Iglesia y su relación con la Sagrada Escritura; la Eucaristía; el sacramento del orden; el Magisterio de la Iglesia; la Virgen María. Para todos ellos, el camino recorrido aporta luz y un nuevo horizonte.

## **5.2. Acogida de los resultados alcanzados<sup>44</sup>**

Quizá la primera tarea a este respecto pase, en nuestra realidad, por una divulgación de los resultados. Se habla de la contribución de los teólogos y de las facultades de teología. Pero también de las comisiones ecuménicas.

## **5.3. Continuar el ecumenismo espiritual y testimoniar la santidad de la Iglesia<sup>45</sup>**

Es el no quitarle el alma al ecumenismo, sobre todo, cuando necesitamos que Dios nos permita ver más allá de donde no percibimos, e intentar más allá de donde humanamente podemos.

Por eso, Juan Pablo II resume uno de los temas iniciales: el testimonio de los mártires. El patrimonio común no se limita a las instituciones, implica en primer lugar la santidad.

<sup>44</sup> Cfr. *UUIS*, 80.

<sup>45</sup> Cfr. *UUIS*, 82-85.

#### **5.4. Aporte de la Iglesia Católica en la búsqueda de la unidad de los cristianos<sup>46</sup> y el ministerio de unidad del Obispo de Roma<sup>47</sup>**

La Iglesia Católica participa desde su identidad propia en el movimiento ecuménico. Cada una de nuestras iglesias lo hace desde su propia identidad. No hay otro modo de que el diálogo sea realista. Pero es desde esa identidad propia donde el intercambio de dones se convierte en enriquecedor. Y desde donde es necesario vivir, a veces, la conversión. Muchas veces en la historia la afirmación de la propia identidad se hizo desde una afirmación confesional. Eclesialidad y confesionalidad no son sinónimos.

Para la Iglesia Católica debe ser paradigmática la lectura que hace Juan Pablo II de su ministerio: desde la fuentes bíblicas, servicio a la unidad, experiencia de debilidad y necesidad de conversión, profesión de amor al Señor, signo de misericordia, son partes integrantes del primado. Muchos han acogido positivamente esta presentación que hace Juan Pablo II. Hoy en el diálogo teológico es especialmente importante su invitación a ser ayudado a ver de qué modo debe ser ejercido ese ministerio para ser verdaderamente un ministerio al servicio de la unidad.

En el seno mismo de la Iglesia Católica se ha comenzado a reflexionar el tema<sup>48</sup>, y hay quienes han acogido esta invitación de Juan Pablo II y han dado su aporte<sup>49</sup>. Pero se me ocurre que podríamos ampliar la perspectiva, y lo que el Papa piensa respecto a su ministerio, y el espíritu con que lo hace, se puede aplicar a toda la Iglesia. ¿Cómo descubrir y traducir en toda la vida, la pastoral y el acercamiento ecuménico de toda la Iglesia, ese espíritu y esa apertura? Y al mismo tiempo, porque es una invitación para

<sup>46</sup> Cfr. *UUS*, 86-87.

<sup>47</sup> Cfr. *UUS*, 88-97.

<sup>48</sup> Un ejemplo es el Simposio organizado por la Congregación para la Doctrina de la Fe, del 2 al 4 de diciembre de 1996, cuyo tema ha sido: "El primado del sucesor de Pedro".

<sup>49</sup> Un ejemplo es la conferencia dada por el arzobispo John Quinn, en la Universidad de Oxford, el 29 de junio de 1996. Texto original en *Origins*, vol. 26, n. 8, 18/7/96. Traducción al castellano: John Quinn, *Acerca del Papa*, *Criterio* 12 de septiembre de 1996, núm. 2182, págs. 474-479; 26 de septiembre de 1996, núm. 2183, págs. 511-517.

nuestros hermanos, ¿Cómo acoger esa invitación con el mismo espíritu con que es ofrecida?

## **5.5. Plena unidad y Evangelización<sup>50</sup>**

La fecha simbólica de la fundación del movimiento ecuménico es 1910, fecha de la celebración de la Conferencia Misionera Mundial. En esa Conferencia fue manifiesto que la división de los cristianos era un impedimento real para un anuncio eficaz. No se puede predicar a un Cristo que reconcilia a la humanidad si los cristianos no vivimos ese misterio de reconciliación. La misión misma de la Iglesia queda cuestionada.

Por eso, por ambos motivos, lo simbólico y la finalidad de la Iglesia, no es extraño que la encíclica finalice con este punto. La urgencia de la evangelización es tan grande como la que vivió la Iglesia de Pentecostés. No quizá en extensión geográfica, de nuevos lugares y pueblos a ser evangelizados, pero sí de nuevas dimensiones de la vida de los hombres que deben ser impregnados del Evangelio. La mayor urgencia está dada por la necesidad de reconciliación en un mundo y un hombre fragmentados, a pesar que se los quiera recubrir con los "cosméticos" de una omnipotente y omnipresente globalización.

## **Conclusión**

Nos encontramos a fines del Segundo Milenio, milenio de las grandes fracturas de la Iglesia. La gran expectativa es que, acogiendo la voluntad del Señor, el Tercer Milenio sea un milenio de unidad. Para ello es necesario renovar, con una esperanza activa, nuestro empeño ecuménico. La experiencia de estos años nos ha enseñado que el ecumenismo es un todo integral donde se reúnen lo existencial del encuentro, el diálogo teológico que nos permite mirar con una nueva luz nuestras diferencias doctrinales para llegar a la unidad en la fe, y un servicio y testimonio comunes que nos hacen experimentar nuestra comunión ya existente de cara al mundo. En esta nueva etapa que exige acoger el don de Dios, considerando cuál es el programa ecuménico y evaluando el camino recorrido, debemos elaborar la agenda de nuestro peregrinar en

<sup>50</sup> Cfr. *UUS*, 98-99.



América Latina. Ella será realizable si dejamos que nuestros espíritus se dejen inundar por el Espíritu del Señor. Nuestro servicio a nuestras Iglesias es un servicio de animación. La animación tiene todo el sentido profundo del *anima*, del alma. Sólo somos verdaderamente creativos en aquellas realidades que llevamos en lo profundo del alma. Si el servicio a la unidad se encuentra en el alma misma de nuestro ser cristiano y de vivir el misterio de la Iglesia descubriremos los espacios de creatividad que necesita este tiempo de la Iglesia y de nuestro continente.

Dirección del Autor:  
Albertinum  
Square des Places, 2  
1700 Fribourg - Suiza

